

SIDNEY CAINE

EL MOVIMIENTO HACIA LA IGUALDAD ECONÓMICA Y SOCIAL EN EL REINO UNIDO DE LA GRAN BRETAÑA *

COMPARANDO la situación actual con las condiciones que prevalecían antes de la primera Guerra Mundial se puede afirmar que se ha ido marcando un menor grado de desigualdad entre los niveles de ingresos y los de consumo, que no es sino la continuación de las tendencias iniciadas desde antes de 1914. En cambio, la desaparición de desigualdades sociales efectivas ha sido menos marcada, quizá debido al importantísimo hecho de que no ha habido una revolución de tipo político en la Gran Bretaña desde 1648 y que los cambios políticos que ciertamente ha habido allí, especialmente durante el siglo XIX, han sido de carácter típico de evolución.

Las mayores y más importantes influencias que han obrado para producir un mayor grado de igualdad en los ingresos de dinero se deben a un mayor número de personas con empleo; a una baja en el valor real de los ingresos derivados de las propiedades inmuebles, a una reducción en las ganancias diferenciales en los distintos sectores obreros y a un aumento progresivo en las contribuciones directas.

La falta de desempleo se ha traducido en un aumento de ganancias aún mayor que el aumento en las tasas de salarios. Obviamente el cambio de un promedio del trece por ciento de desempleo en 1958 a menos del dos por ciento en 1961 representa un diez por ciento en el aumento de los jornales para la clase obrera y por lo tanto ha conducido indirectamente al aumento, tanto de las tasas de salarios, como a la conquista de beneficios marginales.

La baja en el valor real de los ingresos derivados de propiedades inmuebles a partir de 1938 se ha debido en gran parte a los efectos de la inflación sobre intereses fijos y pago de rentas; pero la regimentación

* Conferencia dictada por Sir Sidney Caine en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

impuesta por leyes y, en parte el control voluntario impuesto a la percepción de dividendos, en algo ha contribuido también en este aspecto. Como resultado, en términos generales, observamos que el ingreso derivado de la propiedad, es decir, rentas, dividendos e intereses, han declinado de un veintidós por ciento del total de ingresos personales en 1938 hasta el once por ciento en 1960. Los ingresos derivados de salarios y jornales han aumentado del cincuenta y seis por ciento al sesenta y cinco por ciento y otras categorías de ingresos, incluyendo el seguro social y otros pagos en tránsito han subido del veintidós al veinticuatro por ciento. Ya que el ingreso proveniente de la propiedad forma parte de los ingresos más altos, el resultado es que viene a hacer desaparecer desigualdades.

En cuanto a las diferenciales en jornales hubo una tendencia marcada en los primeros años de posguerra para que las diferencias entre los salarios obreros calificados y los no calificados se fuesen reduciendo; en parte debido a las alzas de salarios decretadas para afrontar el alza en el costo de la vida que en ocasiones tomaron la forma de una alza pareja en los salarios anteriores. Hubo también una marcada declinación en la relación existente entre el obrero y el empleado de escritorio. En 1930 el salario de un empleado de escritorio casi era igual al que percibía un obrero calificado; pero para 1958 sólo equivalía a las dos terceras partes de lo que ganaba un obrero industrial. En otras palabras, el mero hecho de saber leer y escribir vino a ser considerada como una de las habilidades más baratas en el mercado de empleos... quizá esto pueda traducirse como un efecto pronosticable de oferta y demanda derivado de la educación asequible a todos. Cambios semejantes ocurrieron en la relación existente en la situación que existía entre los obreros profesionales y los obreros manuales; en 1938 el director general de un departamento en el Gobierno ganaba diez y siete veces más que el obrero calificado; hoy percibe, antes de la deducción del impuesto sobre la renta, menos de nueve veces el salario de un obrero. Es decir, la proporción ha disminuido hasta casi la mitad. Por otra parte, en tanto que entre 1938 y 1953 los salarios reales de los obreros en las fábricas aumentaron en setenta y dos por ciento, el salario real de los directivos bajó en un veintidós por ciento.

Durante los últimos dos años esta tendencia hacia menores diferenciales ha sido detenida y posiblemente haya habido una pequeña tendencia a aumentar esto hacia una mayor amplitud; pero en general la tendencia predominante no ha variado.

El efecto de un aumento en el pago de contribuciones para reducir las desigualdades económicas es de todos bien conocido. Las tasas de

contribuciones directas aún llegan hasta el ochenta y siete y medio por ciento en los sectores de ingresos más altos, aunque no hay que olvidar que en 1945 llegó hasta el noventa y cinco por ciento.

Dos datos comparativos nos sirven para mostrar los cambios observables en la situación después de pagar el *income tax*.

- 1) En 1938 el uno por ciento superior de la población percibía el trece por ciento del ingreso total nacional; en 1960 sólo percibían el cinco por ciento de ese total.
- 2) Si dividimos a los recipientes del ingreso total en tres distintos grupos principales nos resulta:
 - A) Los que percibían hasta doscientas cincuenta libras anuales o los que hoy perciben setecientas cincuenta libras anuales;
 - B) Los que antes ganaban entre doscientas cincuenta libras hasta setecientas cincuenta libras anuales antes de la Guerra y los que hoy ganan dos mil doscientas cincuenta libras; y
 - C) Los que antes ganaban más de setecientas cincuenta libras y los que hoy ganan más de dos mil doscientas cincuenta libras anualmente.

Hallamos que el grupo *A* percibía el sesenta y cinco por ciento del total del ingreso después de descontárseles el *income tax*; que el grupo *B* recibía antes de la Guerra el veinte por ciento del total y actualmente el cuarenta y tres por ciento y que el grupo *C* recibía antes de la guerra el quince por ciento y hoy percibe sólo el cuatro por ciento. Es decir que el grupo de ingresos medios ha crecido marcadamente en lugar de los otros dos.

Otro dato comparativo estadístico acentúa la declinación del número de los extremadamente pobres. Una encuesta minuciosa se hizo en dos ocasiones en la ciudad de York en 1936 y en 1956. En 1936 el treinta y uno por ciento de la población quedó incluido por debajo del nivel considerado como de pobreza extrema; en 1956 sólo el 2.8 por ciento de la población total quedó incluido debajo de este nivel.

Otros cambios están contribuyendo al igualamiento de niveles actuales de consumo. Uno estriba en la disminución del tamaño de las familias; el obrero pobre ya no puede mantener una familia mucho mayor que la del individuo de mayores ingresos. Un segundo factor está en el incremento de los servicios sociales que se pagan de las contribuciones generales, tales como el servicio médico gratuito, la educación gratuita al alcance ahora

de todos, hasta el nivel universitario; la vivienda subsidiada con fondos del erario y los planes más amplios de pensiones del Estado. Si por una parte podemos decir que todos pueden recibir beneficios de todo lo antes mencionado, la verdad es que aquellos que tienen menores ingresos son los que más se han beneficiado en proporción.

De modo semejante, lo que se considera como beneficios marginales, inherentes al empleo, tales como vacaciones pagadas, subsidio para alimentos en los comedores de las fábricas, planes de pensiones para obreros industriales y otros servicios y prestaciones dados a los empleados, en realidad inclinan en favor del empleado y del obrero el balance en comparación con los que dependen de las rentas que producen la propiedad de bienes rentables; pero a la vez es posible creer que los que perciben sueldos mayores se benefician, proporcionalmente hablando, tanto o más que los jornaleros debido a los servicios sociales.

Han estado operando algunas fuerzas, aunque más débiles, en sentido contrario a la tendencia general. Quizá la más importante, cuando menos superficialmente, es la apreciación en valor de activos de capital en poder de dueños de propiedades que ha dado como resultado aparentes acumulaciones de riqueza, en su mayor parte no sujetas a impuestos.

Esto ciertamente ha contribuido a detener la baja de los valores reales resultante de la inflación y en casos aislados ha producido muy fuertes sumas añadidas al ingreso posible de gastarse; pero en general a los dueños de propiedades las ganancias de capital no les han podido mantener el mismo paso proporcional a la baja de los valores reales.

Lo que estos cambios en los ingresos comparables ha significado para los niveles compartivos de vida, es evidente para cualquiera que haya vivido en la Gran Bretaña, tanto antes como después de la Guerra. Ya es difícil encontrar aquella pobreza miserable que se veía especialmente en niños demacrados, mal alimentados, pero vestidos. Cosas que en una generación atrás eran consideradas como lujos, realmente inasequibles al común de los mortales, se pueden hallar hoy en todos los hogares, con excepción de los más pobres, y la clase que antaño, por cierto era numerosa, tenía el privilegio de contar con sirvientes durante toda la vida, ahora casi ha desaparecido.

Veamos esto último primero. En 1931 el Censo demostró que el cinco por ciento de los hogares empleaban sirvientes de tiempo completo; en 1951 esta cifra había bajado al uno por ciento y se espera que el Censo de 1961 arroje una cifra aún menor. La estadística sencillamente confirma la impresión personal mía de que solamente los amigos más ricos, que ciertamente no son ni profesores universitarios ni los altos empleados

públicos, son los que están exentos de la obligación de ayudar a lavar los trastos después de los alimentos.

En relación a las costumbres habituales cotidianas se ve que a diario más y más personas toman sus alimentos fuera de casa en restaurantes, que gozan de vacaciones anuales, no sólo dentro de Inglaterra sino en el extranjero. Antes de salir mi esposa y yo de casa, la señora que cada semana va a ayudar a la limpieza nos comunicó de sus planes para gozar sus vacaciones en España, durante este verano. Un buen índice lo hallamos en la compra de equipo doméstico bastante costoso. Cuatro de cada cinco hogares cuenta con un aparato de televisión, y esto nos hace pensar que forma el total de todos aquellos a quienes no les disgusta la televisión. Casi la misma proporción la hallamos entre los dueños de aparatos de radio. En las grandes áreas industriales del norte de Inglaterra la mitad de los hogares cuentan con máquinas de lavar y estas máquinas se hallan distribuidas entre todos los niveles de ingresos, desde los más altos hasta los más bajos. No podemos decir lo mismo en la relación de distribución de refrigeradores, aspiradoras y automóviles; pues aunque su posesión es cosa corriente entre las familias más ricas, no podemos negar que los hallamos en posesión de grupos económicamente más débiles, si bien en menores proporciones.

Cualquiera que nos visita, y que sea observador, podrá percatarse de estas mismas tendencias en muchos diversos modos, tales como la uniformidad en los modos de vestir, especialmente entre las mujeres; la creciente costumbre de consumir vino, que antaño era un lujo reservado típicamente a las altas clases sociales, aun en los restaurantes de menos categoría se ofrece a la venta una variedad no sólo de vinos, sino de distintos platillos que antes eran considerados manjares solamente al alcance de los ricos; luego tenemos la enorme variedad de alimentos que se exhiben para la venta en los supermercados que tienen secciones enteras dedicadas a vender alimentos italianos o chinos o los de la India y que han venido a sustituir aquellas raras y pintorescas tienditas que con grandes trabajos localizaba uno antes, escondidas en el barrio de Soho o en aquellos barrios en donde la población era preponderantemente extranjera.

No es mi intención ni remotamente el afirmar categóricamente que la Gran Bretaña es un paraíso; lejos está de mi mente el que me malinterpreten. Pero sí quiero hacer un comentario acerca de la mayor igualación en el bienestar común. Con creciente acento se está convirtiendo en la preocupación de los reformadores sociales el que los casos residuales de extrema pobreza no siempre son los resultados de las diferencias de ingre-

son entre las diversas clases convencionales de la sociedad, sino más bien son el resultado de una provisión inadecuada para los casos de vejez, de enfermedad y de otras causas que afectan el potencial ganancial; sobre todo se siente gran intranquilidad y preocupación por los ancianos; pero para los ancianos de todas las clases sociales.

En la Gran Bretaña hemos progresado mucho hacia la meta de contar con una sociedad con niveles generales materiales bien amplios. Muchos de nosotros hace treinta años hubiéramos creído que una consecuencia inevitable de esto resultaría en una tendencia paralela conducente a la eliminación de las viejas desigualdades sociales. Pero ahora comenzamos a pensar si alguna vez realmente esto suceda y eso sin que provenga de un impulso de naturaleza totalmente ajeno a los actualmente operantes. Al hablar de desigualdades sociales, uno por naturaleza tiende a expresarse en términos de clases sociales, y me es absolutamente imposible evitarlo. Pero a la vez las distinciones sociales en la Gran Bretaña, y para el caso me imagino que lo mismo sucede en la mayoría de los países de la tierra, éstas no han de considerarse en términos de una sencilla división en un pequeño número de clases claramente distinguibles a primera vista. Ciertamente en ningún periodo definido de la historia ha habido una tajante contraste entre la clase trabajadora y el resto, es decir la clase alta, la burguesía, los capitalistas o como quieran ustedes llamarla. No podemos negar que podemos establecer distinciones dentro del grupo de asalariados; uno puede distinguir clases o grupos de empleados de escritorio que tradicionalmente han sido superiores a los obreros manuales; de grupos de tenderos al menudeo, de almanecistas al mayoreo; varios grados de obreros profesionales, terratenientes y, tradicionalmente distintos, otra clase de propietarios. Las distinciones a veces se aproximan pero a veces entran en conflicto con las clasificaciones basadas exclusivamente en el monto de ingresos. Así pues, el evaluar los cambios dentro de este campo es tanto un asunto de buen juicio como de naturaleza estadística muy semejante al tratar de describir los distintos matices tonales en un cielo poblado de nubes o una puesta de sol que se hunde en el mar.

Surge del factor, que admitimos como importante, relativo a la tenencia de propiedad, un comentario que consideramos tenga importancia en relación con la situación social en general. La posesión de propiedades no es algo exclusivo de una sola clase social, sino que interpenetra en las otras clases distinguibles. Ciertamente que introduce un mayor contraste entre la masa de la población y el pequeño grupo que sigue percibiendo altos ingresos individuales derivados del producto de la propiedad. Pero también significa un contraste importante entre individuos ostensible-

mente pertenecientes a la misma "clase" es decir: entre el empleado de gobierno que goza de un ingreso propio y el empleado que sólo cuenta con su sueldo; entre el empleado de una fábrica que es propietario de su propia casa como resultado de sus ahorros o de haberla recibido como herencia o un buen golpe de suerte apostando en las carreras y su compañero que no ha tenido tal suerte. Pueden ser de suma importancia las diferencias de tipo realista y práctico en la seguridad personal y la flexibilidad con que se puedan hacer proyectos a largo término.

Lo que sí debemos hacer notar en relación a la posesión de propiedades en la Gran Bretaña es que, aunque es algo que se esté difundiendo más y más entre la población, este cambio es menos marcado que en el caso de los ingresos. Por una parte, la mayor parte de la propiedad en el país aún está en manos de poca gente. Antes de la Guerra uno por ciento de la población era dueña del cincuenta y seis por ciento de la propiedad, en 1950 uno y medio por ciento era dueño del cincuenta y cuatro por ciento de la propiedad. Por otra parte la gran mayoría de la población, como individuos, sólo son dueños de sus enseres domésticos y algo de dinero en efectivo y en muchos casos ni siquiera tienen una pequeña cuenta de ahorros. Las diferencias en posesión de propiedades entre, tanto los amplios sectores sociales y entre individuos dentro de un grupo, quedan por lo tanto como fuerzas de discriminación social que poco o nada han perdido en potencia.

La persistencia de las diferencias sociales surgen claramente en dos campos: en la educación y en ingreso a las filas de las profesiones y empleos de naturaleza comparables a estas.

La Gran Bretaña, como es bien sabido cuenta con dos sistemas efectivos de educación escolar. Uno, el de mayor tamaño consiste en las escuelas primarias, elementales y secundarias controladas por las autoridades públicas y costeadas con fondos provenientes de los ingresos del gobierno, gratis a disposición de toda la niñez. El otro sistema consiste de escuelas que aunque denominadas "public schools" no son sino escuelas privadas, internados para niños, en manos de particulares y cuyos gastos los sufren ellos mismos. Estas *public schools* dependen económicamente de herencias y legados algunos de los cuales datan de varios siglos atrás; pero principalmente de las cuotas que pagan los alumnos. Estas cuotas son bien altas y varían desde quinientas libras esterlinas anuales para arriba. Las escuelas del Estado, por supuesto, admiten a niños de todas las clases sociales, en tanto que las *public schools* por excepción admiten a algún niño que sea hijo de un obrero. Las dos clases de escuelas ofrecen plenas facilidades para obtener una educación hasta hacer posible el in-

greso a la Universidad y aunque es natural el aceptar que haya variaciones de calidad dentro de cada grupo, en realidad de verdad, redundante es difícil el afirmar que uno u otro sea superior en cuanto a niveles académicos.

Dados los cambios producidos en la distribución del ingreso y además la total desaparición de la obligación de pagar cuotas a las escuelas del Estado, casi todos los británicos pronosticaron la desaparición de las *public schools*; pero contrariamente a estos pronósticos, nada de esto sucedió. Las escuelas particulares están económicamente prósperas, sus listas de espera para la admisión de infantes son tan largas como antaño y la proporción de niños y niñas que asisten a esta clase de escuelas es proporcionalmente mayor a las cifras de pre-guerra. Es claro que la tradición de enviar a los hijos a escuelas particulares no muere tan fácilmente; es más, esta tradición es aceptada ahora por padres que cuentan con un ingreso muy poco mayor del ingreso medio, aun cuando muchos de estos padres hayan sido egresados de escuelas del Estado y millares de padres de la clase media hagan sacrificios considerables para pagar cuotas elevadas y conseguir una educación bien poco distinta de la que pudieran recibir gratis del sistema escolar del Estado.

Ya en el nivel universitario no existe una diferenciación tan aguda. Las dos antiquísimas Universidades, de Oxford y la de Cambridge conservan su tradición de servir a las clases superiores y media alta; en cambio las otras Universidades inglesas en las ciudades de provincia tienen su ambiente más bien plebeyo, pero en todas ellas sus alumnos son una mezcla mayor de extracción de todas clases; mayor de lo que solía estilarse en otras épocas. No obstante, sigue siendo verdad que la mayor parte de los egresados de las *public schools* ingresan, ya sea a Oxford o a Cambridge, aunque el total del alumnado de éstas no constituye más del diez por ciento del total de alumnos de las Universidades y que en tanto que más de la mitad del alumnado universitario lo constituyen egresados de las escuelas del Estado, la mayor parte de éstos continúan sus estudios en las Universidades provincianas.

Oxford y Cambridge mantienen una enorme reputación y prestigio y ofrecen una atracción casi magnética; el ingreso a ellas aún se logra en parte por influencias y en parte por un altísimo nivel académico y no es injusto el afirmar que sus alumnados se forman, en parte por egresados de las *public schools* admitidos por tradición, y en parte por egresados de escuelas del Estado, admitidos por haber salido victoriosos de una feroz competencia escolástica. La aureola de prestigio que esas dos Universidades dan, perdura por largo tiempo y para muchos distintos propó-

sitos, entre ellos, la posibilidad de hallar empleo remunerativo, ya que es innegable que un grado universitario, ya sea de Oxford, ya sea de Cambridge, tienen un valor marcadamente más alto que el obtenido en alguna otra Universidad.

Los estudiantes que llegan a la Universidad, egresados de las escuelas del Estado, por supuesto incluyen una proporción creciente de individuos provenientes de la clase obrera; pero el crecimiento de esta proporción no ha sido tan acelerado como era de esperarse. Las becas provenientes de fondos del Erario que con enorme liberalidad se ofrecen, en efecto sirven para cubrir plenamente los gastos de manutención en una Universidad, y más efectivamente para los hijos de padres con ingresos bajos que para los de la clase de ingresos medios; y sin embargo, la proporción de aquellos que se aprovechan de estas oportunidades es mucho menor entre los de la clase obrera que los de otros grupos. Y esto se halla evidente en todos los niveles educacionales. Los más recientes datos estadísticos nos informan:

Clase obrera en proporción al total de población	72%
Proporción de alumnos de la clase obrera que pasan los exámenes que capacitan para el ingreso a la Universidad	47%
Proporción de alumnos de la clase obrera que ingresan a las escuelas secundarias	66%
Proporción de alumnos de clase obrera que ingresan a las Universidades	36%

Estas cifras nos muestran un desperdicio acumulativo de oportunidades entre los hijos de la clase obrera. En parte esto se debe a una tradicional actitud divergente hacia la educación, y una menor fe en los méritos de la educación superior, y en parte, debido a la mayor necesidad o la mayor inclinación a trabajar y ganar dinero a una edad comparativamente más temprana.

Que las diferencias no están sencillamente en función del ingreso se evidencia en el hecho de que una mayor proporción de hijos de empleados ya sea burócratas o particulares, terminan su escuela y siguen a la Universidad en proporción a los hijos de obreros, a pesar del hecho de que el empleado de hoy día gana menos que un obrero.

En parte, también, tenemos que admitir la posibilidad del hecho de que aquellos empleos, hacia los cuales se inclinan los de la clase obrera, ofrecen altos salarios que pueden ganar obreros bastante jóvenes, a quienes la perspectiva de vivir durante algunos años en la Universidad, depen-

diendo de una beca que sólo equivale a la mitad o a un tercio de lo que se puede conseguir como salario, no se ve como muy atrayente, aun cuando esta perspectiva a la larga brinda la oportunidad de ganar mayores ingresos, pero muy a la larga.

Como índice de esta clase de actitud, es evidente, que a pesar de las mayores oportunidades que haya para obtener una mejor educación, en la actualidad hay menos individuos de la clase obrera que entren a la profesión docente, menor de los que había hace sólo una generación.

Secuencia natural de este hecho es que la juventud de la clase obrera no brinda la proporción debida de alumnos universitarios, que no contribuye con individuos para la formación de profesionistas y de empleados superiores en proporción alícuota a su total de miembros. Investigaciones estadísticas recientes en algunas profesiones específicas, como la jurisprudencia y la eclesiástica, revelan que en éstas aún hay una abrumadora proporción de individuos de las clases altas en las jerarquías superiores. Cosa igual sucede en los rangos superiores de empleados públicos; en tanto los que provienen de la clase media inferior y de la clase obrera, y que forman la mayoría de la población total, antes de la Guerra arrojaban un total del 7% y hoy comprenden el 27%.

En el comercio y en la industria, esta proporción resulta igual a lo anterior. El ascenso del obrero en la fábrica al rango ejecutivo es rarísimo y el joven de la clase obrera que llega a escalar los niveles superiores en el comercio y en la industria generalmente lo logra más bien entrando como un experto entrenado en la Universidad y graduado en ella, que como obrero que va subiendo peldaño por peldaño, desde abajo hasta el más alto rango. En realidad la estructura de la industria moderna quizá haga que sea más difícil para que hoy un individuo empiece como obrero para terminar como propietario industrial, en comparación con la ya lejana época en que apenas iniciaba el desarrollo gigantesco de la industria británica.

¿Es que vamos caminando hacia una clase de sociedad de castas que se caracterice por un alto grado de igualdad en condiciones materiales de vida; pero en la que persista una diferenciación tradicional, heredada, en la adquisición de empleos y por ende en poder e influencia social? O ¿qué sería más exacto describirla como una 'meritocracia' en la cual los excepcionalmente hábiles pudieran pasarse del campo del empleo menos estimable al del más apreciable y sin gran cambio en su verdadero bienestar material, y sin cambiar el cuadro general de diferenciación heredada en los empleos?

Cualquiera que sea la respuesta, está claro que el cuadro general que

enmarca a los grupos sociales nos presenta cambios menos rápidos en el Reino Unido de la Gran Bretaña que los que se perciben en el cuadro general o patrón bienestar económico relativo y cuando menos es posible creer que la disminución de la desigualdad económica está oponiéndose a un rápido cambio social al disminuir el efecto material de cambiarse de un grupo a otro y, por lo tanto, debilita el aliciente a buscar cambios.

(Traducción de Gabriel Aguirre R.)